Revista Chungará N° 14, septiembre, 1985, 91-114
Universidad de Tarapacá, Arica-Chile

La guerra de los Lonkos en Chile central, 1536-1545[1]

LEONARDO LEON SOLIS
Institute of Latin American Studies. Universidad de Londres.

RESUMEN

Estudio histórico del discurso bélico de los lonkos de Chile central, en la guerra desatada contra la hueste de Pedro de Valdivia entre 1540-1545. Se ha desplazado el eje significante de la narrativa del mundo de los conquistadores europeos a la sociedad indígena, poniendo especial énfasis en las diferencias étnico-geográficas y en la secuencia cronológica. Se concluye que el discurso guerrero de los aborígenes estuvo en gran parte condicionado por la experiencia que tuvieron durante la etapa preliminar del expansionismo peninsular (1536) y por sus deseos de preservar su independencia y libertad.

ABSTRACT

This is a historical study of the war discourse of the lonkos (chiefs) of Central Chile, during the war waged against the soldiers of Pedro de Valdivia between 1540-1545. The narrative has been shifted from the world of the European conquerors to the aborigine society, emphazising the ethnic and geographic differences that divided the native groups, and the chronological sequence. The final conclusion is that the war-like discourse of the lonkos was largerly conditioned by their first experience of Spanish expansionism, in 1536, and their desire to live in freedom.

Entre 1540 y 1545, los habitantes de los valles de Chile central, desde Copiapó hasta el río Maule, desarrollaron una guerra de resistencia sistemática y total contra el proyecto de conquista, encabezado por el capitán castellano Pedro de Valdivia (León, 1984: passim). De hecho, la guerra contra invasores extranjeros no era un fenómeno nuevo en la región. Desde 1470, en los albores del expansionismo inca, hasta 1536, las tribus locales lucharon tenazmente contra los ejércitos imperiales y sus aliados en el área, para preservar su independencia y libertad (León: 1983: passim). En más de un sentido, la guerra desatada contra Valdivia fue una continuación de las viejas hostilidades contra los cuzqueños; la estrategia militar, basada en la defensa de sitios guarnecidos y fuertes, la formación de federaciones intertribales, la destrucción de los excedentes económicos, la migración masiva hacia las tierras libres y las armas que se emplearon en ambos conflictos, fueron algunos elementos que representaron esa continuidad. Aún más, algunos de los jefes que organizaron la lucha contra los cuzqueños en su etapa final, asumieron el liderazgo de la nueva guerra. Frente a ambos enemigos, los aborígenes de Chile central reaccionaron de un modo similar.

En este trabajo nos interesa presentar la visión indígena de la guerra contra Valdivia, centrando la atención en las arengas y declaraciones hechas por los lonkos o señores étnicos. Con este objeto, se han recogido los testimonios de los cronistas organizándolos cronológicamente. Al

[1]El presente artículo es parte de un proyecto más amplio en el que intentamos especificar el carácter que asumió la lucha por el dominio de Chile central entre 1470-1560. En otros trabajos hemos analizado la resistencia antiinca (León: 1983) y la guerra antipeninsular (León: 1984). En dos artículos futuros presentaremos los datos relativos al impacto del conflicto sobre la sociedad aborigen y el surgimiento del movimiento liberador encabezado por el Lonko Lautaro.

final, desde una perspectiva histórica, se analizarán las transformaciones que sufrió el discurso bélico de los líderes nativos en el curso del conflicto. Nuestra intención global tiene dos caras. Por una parte, intentaremos desplazar el eje significante de la narrativa del mundo de los conquistadores europeos, al de los guerreros indios. Si la historia de la guerra ha sido hasta aquí el recuento de las hazañas de los soldados españoles, esperamos que este trabajo restituya en parte el equilibrio y contribuya al desarrollo de la historia indígena (Barros Arana, Vol. I: passim; Eyzaguirre: passim; Vernon: passim). Por otra parte, deseamos hacer hincapié en dos elementos centrales que han sido tradicionalmente ignorados en el estudio de la sociedad nativa: la fragmentación étnico-geográfica y los cambios en el tiempo[2]. En otras palabras, privilegiaremos el aspecto indígena de la confrontación, enfatizando su particularidad y su cronología.

Las fuentes que utilizaremos son los testimonios de los cronistas y las relaciones de méritos y servicios de los compañeros de Valdivia. Sin duda, corresponde preguntarse, ¿es posible realizar un estudio histórico basado en fuentes indirectas y en referencias cuya veracidad ha sido tradicionalmente puesta en duda? ¿se puede ignorar que en más de una ocasión las declaraciones atribuidas a los jefes indígenas pueden haber sido inventadas por los testigos europeos? ¿cuánto puede tener de confiable el texto de una arenga que se pronunció en medio de una batalla o en una junta donde no había europeos? Es cierto que los cronistas se imaginaron más de lo que ocurrió, que sus obras están plagadas de errores y que, en más de una ocasión, el lenguaje señorial de los conquistadores permeabilizó el discurso bélico de los lonkos. Pero no es menos cierto que existe una coherencia interna, una sistematicidad, que unifica las declaraciones de los nativos a través del espacio y del tiempo. Esta coherencia y la reiteración del mismo evento en diversas fuentes, son los criterios que se emplearán para discriminar entre los testimonios, para distinguir entre lo falso y lo cierto. Al final, como se verá en las próximas páginas, por sobre los aportes que puedan haber hecho los cronistas, y que seguramente hicieron, subyace un núcleo que apunta hacia un origen y hacia una mentalidad diferente. Es la voz de los lonkos que una y otra vez convocaron a sus guerreros a luchar contra los peninsulares.

El diálogo de los guerreros

Uno de los rasgos más sobresalientes de la guerra sostenida por los habitantes de Chile central contra sus enemigos, fue la práctica de mantener entrevistas o parlamentos antes de las batallas. La retórica, que probablemente era una de las cualidades cultivadas por los lonkos, alcanzaba en esos momentos cruciales todo su esplendor. El choque armado, la lucha cuerpo a cuerpo, la destrucción física o el cautiverio, eran precedidos por una batalla ritual de palabras y gestos. La función social que desempeñaba la retórica en tiempos de paz en la formación de alianzas o en la creación de lazos de intercambio de mujeres, productos o favores entre diferentes linajes, adquiría una nueva dimensión cuando era utilizada en el plano militar. A través del cacique, que actuaba como representante de uno o más linajes, emergía la voluntad colectiva. Los segmentos que constituían la organización tribal se unían momentáneamente bajo la fuerza de la palabra de los lonkos, la que sin ser una orden, en la medida que reflejaban un consenso era un deber.

Pero si el hábil empleo de la palabra era importante en los períodos de paz para el desenvolvimiento de la sociedad tribal, las comunicaciones que tomaban lugar con los enemigos obedecían a una dinámica diferente. Estas conferencias se aprovechaban para reiterar pública-

[2]Ambos errores son comunes, incluso en trabajos de historiadores. Bajo el nombre de Araucanos o Mapuches se acumula indiscriminadamente información proveniente de diversas regiones y diferentes períodos históricos, para plasmar una imagen de homogeneidad que solamente existe en el pensamiento de los etnólogos. El título de Picunches con que se denomina a las tribus asentadas entre los ríos Choapa e Itata, es un ejemplo característico (Mostny: 83; Latcham:). Lamentablemente, bajo este nombre no se puede explicar la diversidad étnica, económica, social y política que prevalecía entre los habitantes de los valles situados en Limarí, Aconcagua, Mapocho, los Promaucaes al Sur del río Maipo y los nativos de la zona intermedia entre los ríos Maule y Biobío.

mente las causas que movían a la confrontación o para discutir formas de arreglo; también se usaban para hacer una demostración de fuerzas y quizás para lucir sus galas guerreras. En otras ocasiones, las palabras eran reemplazadas por un lenguaje ritual más refinado. Describiendo a los araucanos, bajo cuyo nombre englobaba a las diferentes etnias del país, el cronista Góngora y Marmolejo anotaba: "Es gente bien agestada, por la mayor parte blanca, bien dispuestos, amigos en gran manera de seguir la guerra y defender su tierra, para lo cual hacen grandissima obediencia a sus mayores, y tienen por orden cuando quieren pelear, y saben que extraños entran en sus tierras, ponelles en el camino ramos de un árbol, que los españoles llaman Canela, y en ellos atravesados flechas untadas con sangre, y cuando quieren servir y estar a lo que los mandasen, les ponen en el camino ramos de arrayán, dando por allí a entender la voluntad que tienen. Nunca jamás han peleado con españoles que han sido infinitas veces, que primero no lo hagan saber y envien a decir" (Góngora: 79). Otro cronista agregaba un siglo después que los naturales de Chile eran de "gallarda presencia, altos, derechos, membrudos, altivos, infatigables en el trabajo y en el modo de hablar, con acciones y voces imperiosas..." (Quiroga: 20).

El empleo de tácticas militares organizadas en torno a la defensa de fuertes y sitios guarnecidos que caracterizó a la guerra hispano-indígena durante el período 1536-1545, brindó múltiples oportunidades para que se desarrollaran comunicaciones entre ambos bandos (León: 1984, passim). El encuentro de las fuerzas combatientes, la instalación de sitios, la ocupación física de ciertos puntos estratégicos, estimulaban el intercambio de desafíos y permitían que se conocieran los enemigos. En este sentido es ilustrativo el diálogo que tomó lugar entre el capitán Pedro de Villagrán y los defensores de un fuerte en Copiapó: "Les habló el dicho general a los caciques principales y les dijo como estaba allí, lo cual no le creyeron hasta que bajaron é se juntaron ciertos caciques que lo conoscían, de un alto, é le vieron e conoscieron, é conoscido, nunca más le dieron batalla, ni osaron pelear..." (Villagrán: 301). Pero además de la base material que proporcionaban los fuertes, también importaban en esos intercambios el valor que atribuían los combatientes a este tipo de relaciones. En este sentido, el espíritu caballeresco y señorial de los hidalgos hispanos se insertó en una larga tradición indoamericana.

La costumbre de enviar embajadores o emisarios a los enemigos se usó ya en Chile en tiempos prehispánicos. Cuando describía la entrada del ejército cuzqueño a Arauco, el cronista Martín de Murúa apuntaba que el general inca Apocamac envió a su hermano "con una embajada, en que les mandaba y amonestaba (a los araucanos) viniesen a su obediencia y porque los contrarios respondieron muy al contrario, entró este valeroso general Apocamac, con sus capitanes y gentes donde ellos estaban, en los cuales hizo un gran destrozo..." (Murúa: 114; Cobo: 146). El Inca Garcilaso describía un intercambio similar que según él tomó lugar en las riberas del río Maule: "guardando su antigua costumbre (los incas) enviaron a requerir a los de la provincia Purumauca, que los españoles llaman Promaucaes, recibiesen al Inca por señor o se apercibiesen a las armas..." (Garcilaso: 447). Los Promaucaes, continuaba Garcilaso, que estaban al tanto de la venida del ejército imperial y lo esperaban confederados con los nativos de "Antalli, Pincu y Conqui, y entre todos los determinados de morir antes que perder su libertad, respondieron que los vencedores serían señores de los vencidos y que muy presto verían los Incas de qué manera los obedecían los Purumaucas" (*Ibíd*; Silva, 1983: 8).

Los parlamentos con los enemigos no sólo precedieron a los hispanos, sino que a la llegada de éstos, se convirtieron rápidamente en la principal forma de intercambio. No obstante, no fue la única. Otras manifestaciones de contacto la constituyeron los tempranos lazos establecidos entre los soldados y algunos indios de la región, quienes, inspirados por diversos motivos, se convirtieron rápidamente en sus aliados militares y amigos. En el caso de la empresa valdiviana estas alianzas probaron ser cruciales, tanto para la sobrevivencia de la colonia como para el feliz desenlace de la guerra, pues los indios amigos o auxiliares proveyeron a los peninsulares con datos vitales que en más de una oportunidad permitieron a Valdivia adelantarse a los eventos. Los espías fueron quizás el arma más efectiva de los españoles en Chile central. Así se dejó ver, por

ejemplo, durante la campaña realizada por Francisco de Villagra contra un fuerte de los Promaucaes en la zona del río Maipo. En esa ocasión un "principal" informó a los hispanos "de la orden que tenían los yndios en su vela y rronda, ansi de noche como de dia... de la suerte que hera esta fuerca, y de las entradas y huydas que tenia, y la gente que dentro avia" (Vivar: 97).

En una guerra donde la victoria dependía principalmente de la impresión que cada bando hacía sobre su enemigo, y en la cual era vital tener vías de escape para evitar el cautiverio o la muerte, no sólo de los guerreros sino también de sus familias, este tipo de información beneficiaba a los conquistadores. Como señalara un capitán hispano más tarde, "los indios de Longomilla han sido lealísimos, é han ayudado mucho a los cristianos é dado aviso..." (Valdivia, 1548: 369). El flujo de la información que proporcionaban los espías era recíproco, pues gran parte de los aliados actuaban como agentes de los indios de guerra y entregaban datos sobre los movimientos de las columnas que entraban y salían de Santiago. Con este enemigo interno, Valdivia se vio en más de una oportunidad obligado a montar simulacros de "salidas", consciente de que sus pasos eran observados con atención.

Un papel especial correspondió a las mujeres indígenas que circulaban libremente entre ambos campos y actuaban como intermediarias entre los dos mundos. Su cohabitación con los soldados europeos y los lazos de cosanguinidad o de filiación que les unían a los linajes locales, las dejaban en una posición única que no tardaron en explotar para favorecer a uno u otro bando. En 1542, con motivo de una rebelión organizada por los lonkos de Aconcagua, una india "natural del valle de Mapocho, que hera muger de un principal de aquel valle (Aconcagua)... habló a un yanacona que llevaban, y le dixo como muy cerca estavan todos los yndios del valle juntos en abitos de guerra, y que dezian que pasados tres dias avian de venir con rrostro y muestra que venian a servir, trayendo sus armas secretas, a matar a todos los christianos... Y dixo como avian oydo tratar a los yndios en sus ayuntamientos la horden que avian de tener en el acometer, y por qué parte, y cuándo, y a qué ora, y asy lo avian oydo quando a su marido se lo dezian..." (Vivar: 90). Una escena similar se registró durante la campaña realizada por el capitán Pero Esteban contra el asentamiento del jefe Cateloe en Limarí. Después que los españoles destruyeron el fuerte, anotaba Vivar, una india "dixo a un español como ella sabia donde estava enterrado en una cierta parte mucho maiz..." (Vivar: 107).

La información proporcionada por los indios amigos, espías o traidores tenía gran valor para los españoles, pero en la medida que obedecía a intereses personales o se desarrollaba de modo arbitrario, era cualitativamente más pobre que la que se recibía en las entrevistas que se mantenían con los lonkos o los capitanes de guerra. Mientras las primeras comunicaciones constituían un mero intercambio de información, las segundas fueron consideradas formalmente como parlamentos. A diferencia de las expresiones personales, la voz de los lonkos representaba las opiniones y actitudes asumida por la sociedad global.

El papel de los lonkos como representantes principales de la sociedad tribal fue fortalecido por el desarrollo de la guerra contra los curacas incas y los nuevos conquistadores europeos[3]. El conflicto afianzó la autoridad de los líderes militares y contribuyó a expandir su influencia por sobre las unidades sociales menores —la familia o los linajes simples— hacia formas federadas más complejas y territorialmente más amplias. Entre 1536 y 1545, como se verá, los lonkos llegaron a encabezar proyectos bélicos que envolvían valles completos —superando las contradicciones que producía la organización dual de algunos valles— o bien ocuparon la cúpula de confederaciones étnicas que incorporaban desde los diaguitas del Norte Chico hasta los Promau-

[3]Silva (1978-216) identifica curacas con lonkos. Hemos preferido usar la distinción en la medida que la figura del curaca aparece históricamente asociada con el sistema de dominación incaico. Sobre la estructura social y el rol de los señores étnicos, véase Hidalgo (1972:75-87), Ampuero e Hidalgo (1975:104 y ss.), Hidalgo (1985:100). Sobre los jefes Promaucaes, véase Silva (1983:18-22).

caes del río Maule. Los caciques principales, capitanejos y jefes de familias fueron coyunturalmente desplazados por los lonkos, quienes emergieron como figuras poderosas de una autoridad indisputada. Con el fortalecimiento de los señores étnicos, el discurso indígena adquirió mayor legitimidad, tanto política como territorialmente, gozando de una autoridad temporal que no tendría paralelo en la historia indígena de Chile central. Cuando los españoles entraron a Chile, se encontraron con una sociedad tribal altamente militarizada, organizada en torno a los lonkos, verdaderos agentes de cohesión social, que actuarían como sus interlocutores (Ampuero e Hidalgo: 103).

Pero así como la sociedad tribal produjo voceros que plasmaron en su discurso la voluntad colectiva de resistir, los españoles hicieron un esfuerzo por lograr una comunicación con los nativos. Para este efecto llegaron a Chile con "farautes" o "lenguas", expertos en el idioma de "la tierra", quienes tuvieron a su cargo la traducción de los discursos y arengas de los hispanos y viceversa. En los primeros días se recurrió a los curacas y yanaconas traídos del Perú, pero más tarde, con el desarrollo de relaciones más estrechas con los nativos, se eliminó a los intermediarios. Los capitanes castellanos y los lonkos tomaron la palabra e iniciaron el diálogo de los guerreros[4].

De amigos a enemigos: la experiencia con Diego de Almagro

Las primeras comunicaciones entre los nativos de Chile central y los españoles se remontan a 1536, fecha en que el Adelantado Diego de Almagro llegó a la región en busca de las riquezas que le habían descrito los indígenas del Perú (De Ramón: passim; Villalobos y Mellafe: passim). Estas comunicaciones fueron facilitadas tanto porque se establecieron con tribus que estaban o habían estado sometidas al incanato, como por el apoyo que Manco Inca y sus seguidores prestaron a la expedición (Villalobos, 1962: passim; Zapater, 1981: passim). En Copiapó, después del azaroso cruce de los Andes, los españoles "fueron bien recibidos y proveídos de vituallas; y Don Diego de Almagro rogó a los indios que saliesen al camino con algún refresco para el ejército, y ellos lo hicieron de buena voluntad, llevando ovejas, corderos, maíz y otras raíces..." (Herrera, Década V: 325). Almagro, apuntaba Góngora y Marmolejo, se entrevistó con "los principales que entre los indios había". Hasta su arribo a Santiago, continuaba el cronista, el Adelantado "hablaba amorosamente a los señores y principales, informándose de la tierra, hasta que entendió que la noticia y relación que en el Pirú le habían dado no era así" (Góngora: 81-82). En el valle de Coquimbo, señalaba Mariño de Lobera, Almagro reunió a "todos los caciques y señores comarcanos para tratar con ellos muchas cosas concernientes a su venida..." (Mariño: 242). Una vez reunidos los señores de Copiapó, Huasco y Coquimbo, seguía Mariño, el Adelantado ordenó a sus capitanes que los apresaran bajo la acusación de haber matado a tres emisarios peninsulares. Ante esta acusación, los jefes "enmudecieron todos, quedando como absortos... y no sabiendo qué responder se miraban unos a otros atónitos... Y no hallando lugar por donde evadirse o alguna excusa o achaque aparente, confesaron de plano su delito, por el cual fueron quemados luego todos, que eran treinta y seis..." (Mariño: 242; Molina: 85-86; Encinas: 208).

La ausencia de riquezas, la pobreza relativa de los recursos materiales y la exitosa resistencia que montaron los Promaucaes contra las columnas hispanas, convencieron finalmente al Adelantado sobre la conveniencia de su retorno al Perú. Su viaje de regreso estuvo marcado por la destrucción y muerte que sembraron sus soldados. Estos, señalaba un testigo, "fueron los

[4]En Chile no se ha escrito sobre el rol jugado por los intérpretes o "lenguas", durante el período de la conquista. Para el continente véase Arnaud (1950, passim) y Francisco Solano, "El intérprete: uno de los ejes de la aculturación" en *Estudios sobre la política indigenista española en América*, Vol. I, pp. 265-278 (Valladolid, 1975).

primeros inventores de ranchear, que en nuestro común hablar es robar..." (Pizarro:). Pero la hueste de Almagro no se limitó solamente a crear caos. Durante su corta estada en Copiapó, el jefe español intervino directamente en los asuntos políticos internos de los indígenas restituyendo "a un mancebo del valle... su estado y señorío, que se lo tenía usurpado un pariente suio..." (Vásquez de Espinosa: 675). Esta intervención, anotaba Herrera, tuvo sus orígenes en las peticiones formuladas por el joven jefe destituido, quien "en entrando los castellanos en el valle salió a pedirles favor contra el tirano... Don Diego de Almagro quiso informarse del caso, y hallando su verdadera relación, le ayudó para que cobrase su estado" (Herrera, Década V: 326).

En la medida que la empresa de Almagro fue una empresa de exploración y descubrimiento —más que colonizadora o de conquista— que se extendió sobre territorios sometidos al inca, las relaciones establecidas con los nativos fueron de índole amistosa y pacífica. Los habitantes de los valles septentrionales buscaron más bien reafirmar sus antiguas alianzas con los cuzqueños y sus nuevos aliados hispanos, que asumir una actitud rupturista y hostil. El asesinato de los jefes nativos en Coquimbo y la transformación de la hueste en una empresa de botín, pusieron fin a esta situación; a su salida de Chile Almagro dejó tras sí una sociedad descabezada y la autoridad de los incas fatalmente minada. También dejó destruidas las posibilidades de un futuro entendimiento entre peninsulares y nativos. Este fue el legado que encontró Pedro de Valdivia cuando entró a conquistar el país[5].

Los nuevos "Apos"

A su ingreso a Chile en 1540, los miembros de la hueste valdiviana trataron de entablar sus relaciones con los indígenas en el marco de relaciones amistosas que previamente habían beneficiado a Almagro y sus hombres. También intentaron asentar sus pretensiones sobre la base del antiguo sometimiento que habían prestado los nativos al Inca. Al respecto, el capitán Francisco de Aguirre declaraba en 1545 que cuando entró a Atacama "tomé un pueblo entero y les hablé a todos los indios é indias que se tomaron é les dije que se fuesen a su cacique y le dijesen no hobiese miedo é que viniesen de paz a los cristianos, porque todas las provincias sugetas al Inga los servían é que ellos no podian dejar de lo servir..." (Aguirre: 16). Los indígenas, sin embargo, no quisieron cooperar: "vido que fueron los indios —apuntaba un testigo— á llamar a los dichos caciques y nunca quisieron venir al dicho llamamiento" (Aguirre: 21).

Los motivos que llevaron a Valdivia a emprender la conquista y colonización de Chile, diferenciaban su empresa de la de Almagro. Lo que Valdivia pretendía era establecerse permanentemente con su puñado de hombres, contando con la colaboración de los indígenas. En consecuencia, correspondía mantener comunicaciones sistemáticas con los nativos, eliminar temores infundados y expresarles las finalidades de la empresa. Con su marcado apego a la legalidad, el jefe hispano también trató de asentar sus relaciones con los indios en el marco jurídico que creaba la lectura del Requerimiento del Doctor Juan López de Palacios Rubio; en él se pedía a los aborígenes que reconocieran la autoridad del Rey de España o que sufrieran los perjuicios de la guerra justa (Hunneuss, passim). Esta conjunción de factores subyacieron a sus continuos esfuerzos por entrevistarse con los jefes indios.

La primera entrevista sostenida en este contexto tuvo lugar en Copiapó, al pie de las murallas de un pequeño fuerte que los habitantes del valle tenían construido en la sierra. Cuando los españoles llegaron hasta allí, los defensores abandonaron sus posiciones. "Visto y sabido esto por el general, mandó a la gente de a pie y a los yanaconas que hablaban alto en la lengua del Cuzco, de suerte que oyense los indios la voz y los hizieron parar, que no fuesen huyendo, que les quería

[5] La literatura sobre el aspecto europeo de la conquista de Chile es abundante. Véase Cunningham-Graham (1926, passim); Amunátegui (passim); Errázuriz (passim); Meza (1959 y 1971); Jara (1959); Villalobos (1973).

hablar..." (Vivar: 29). El capitán de los indios, señalaba en su crónica Gerónimo de Vivar, detuvo la fuga de sus hombres y los reunió en un lugar protegido a la espera de "la plática del general la cual le fue dicha por un ynterprete o lengua que entendia la lengua y lenguajes de Copiapó y de toda la tierra" (Vivar: 30). Ante las preguntas que formulara Valdivia a través de su intérprete, el jefe indígena respondió "que él hera capitan general de los señores Aldequin y Gualenica y que a él le llamaban Ulpar. Y preguntó que para qué le llamavan y qué quería". La peor sorpresa para los hispanos fue la reacción de Ulpar cuando le pidieron que se sometiera pacíficamente a la autoridad del Rey de España: "Respondió el capitan indio, oyda la platica, como hombre de mucha rrazón, segun demostro, que aquello que le dezian tenia el por cautela, porque estava escarmentado de lo que avia visto hazer a Don Diego de Almagro y a su gente, porque le avia llevado mucha gente a cadenas, y que en el despoblado avian visto los cuerpos de los yndios muertos, que avian perecido creyendo que "Tu y tus hermanos que contigo vienen son ansy como los otros que se avian ido con Diego de Almagro, porque os pareceys en los rrostros y en la dispusicion. Y antes moriremos que conceder en lo que pedis". Y que bien lo conocia en ver que no estavan en su tierra de asiento, ni los tenían poblados, sino en las syerras y asperas montañas" (Vivar: 31).

La respuesta de Ulpar no amedrentó a Valdivia, quien reiteró sus deseos de mantenerse en paz y de impedir que sus soldados saquearan las propiedades de los copiapinos. "Demandole el capitan yndio qué seguridad tenian los señores y él de aquellos que les dezia y prometia". Como prueba de su honestidad, Valdivia le envió un sombrero con adornos, el cual fue recibido por Ulpar. Luego de besarlo y entregarlo a uno de sus tenientes, se dirigió a sus guerreros y "les hizo un parlamento". Hecho esto, retornó al campo de Valdivia y le manifestó: "Apoa alta voz (que quiere dezir en lengua del Cuzco "Señor") yo entiendo que eres bueno. Y d'esto soy ynformado, porque lo e oydo dezir a yndios que contigo an venido con cargas de atacama, como los tratastes muy bien a todos por donde as pasado. Por esto creo cumpliras lo que as prometido. Por tanto digo yo de parte del Señor Aldequin, cuya es esta tierra donde tu tienes tu gente, que doy la paz, y que él te verná a servir con todos sus yndios dentro de quatro dias" (Vivar, 32).

Establecidos los puntos de acuerdo, Ulpar se reunió con Valdivia y comieron juntos. Las buenas relaciones se mantuvieron por algunos días, hasta que los copiapinos se informaron de las intenciones de Valdivia de seguir su viaje hacia el Sur. Según Vivar, esta noticia los envalentonó, obligando a Valdivia a destruir sus propiedades y asaltar el fuerte que tenían. La victoria obtenida por los españoles, agregaba Vivar, dejó a los copiapinos "en estremo atemorizados y espantados, diziendo que tenian por ymposible ver que en una ora avia ganado el general con tan pocos christianos un fuerte que los Yngas con treinta mill yndios de guerra no lo pudieron tomar en un año" (Vivar: 36).

El cronista Pedro Mariño de Lobera proporciona una descripción similar del parlamento celebrado entre los copiapinos y Valdivia. De acuerdo a este cronista, los nativos no tenían la misma disposición que antaño habían mostrado hacia Almagro, tanto por la experiencia que habían tenido con él como por los maltratos que los miembros de la hueste valdiviana infligían a sus yanaconas e indios de servicio. Enterado Valdivia de las juntas que se celebraban en el valle para organizar la resistencia en su contra, continúa el cronista, les "persuadía frecuentemente que se allanasen enviando amonestar a los señores de la comarca, que acudiesen luego a darle la obediencia, si no querían que les hiciese venir mal que les pesase" (Mariño: 250).

A estas comunicaciones, agregaba Mariño de Lobera, "respondieron todos que ellos eran tan libres como los cristianos, y tan señores de sí y de sus tierras como él y ellos, y gente de hasta mejores términos, pues los habían acogido en sus tierras..." (Mariño: 251). Recordando el apoyo que habían prestado a Almagro y su gente, a quienes ayudaron a recuperarse después del cruce de los Andes, los jefes de Copiapó señalaron que a cambio de esa ayuda habían recibido sólo maltratos "como era haberlos llevado como bestias, sacandolos de sus patrias, quietud y estado, en pago de haberles quitado el hambre que traian... Por lo cual se podía desengañar y estar muy cierto, que no le había de valer sus mañas y astucias, pues con achaques de hacerlos cristianos y so

color de buen celo mostrando afabilidad y buen semblante, eran todos engañadores, que decían una cosa y efectuaban otra, según ellos lo habían visto por experiencia..." (Mariño: 251).

A pesar de las pequeñas discrepancias que existen en los recuentos dejados por Vivar y Mariño de Lobera, una serie de elementos centrales permanecen inalterables en ambas crónicas: el vivo recuerdo entre los indígenas de Copiapó de las atrocidades cometidas por los hombres de Almagro, la insistencia en buscar semejanzas entre Valdivia y el Adelantado, la desconfianza de los copiapinos en la palabra de los hispanos y su frustración por la falta de reciprocidad en las relaciones que establecían con los nuevos conquistadores. Por otra parte, ambos cronistas proporcionan interesantes datos que permiten confirmar la existencia de un parlamento entre los españoles y los habitantes de Copiapó, y que durante el mismo, los nativos expresaron sus opiniones en un discurso coherente y sistemático que impresionó profundamente a los compañeros de Valdivia. Así se desprende de los testimonios que dejaron de la entrevista en sus respectivas Probanzas en los años siguientes. En 1560, Rodrigo de Quiroga declaraba que Valdivia "procuró de dar á entender a los naturales de la dicha tierra el fruto y provechó que les venía a hacer y la autoridad que traía para ello, y la obligación que los dichos indios tenían para admitillo en su tierra (...) é les envió mensageros, é les hizo sus requerimientos, y los dichos indios no los quisieron recibir, y se pusieron en arma é se hicieron en un lugar en lo alto del dicho valle" (Quiroga, 1560: 116). Pedro de Miranda afirmaba en el mismo sentido: "hizo e uso con los naturales de las amonestaciones é requerimientos que la pregunta dice, enviándoles mensageros para ello é hablándoles él mismo con una lengua, é no obstante estas justificaciones, no quisieron venir de paz..." (*Ibíd*: 212). Describiendo el resultado ambiguo de la entrevista entre Valdivia y Ulpar, Diego García de Cáceres manifestaba: "y enviándoles mensageros para ello è alguno de los naturales empezaron a venir de paz é después se alzaron é hicieron fuertes..." (*Ibíd*: 173). Santiago de Azoca declaraba por su parte "no embargante que luego vinieron con cautela algunos de paz, pero luego se rebelaron é no quisieron parecer, antes se hicieron fuertes..." (*Ibíd*: 203). Antonio de Taravajano, de destacada actuación en los primeros años de la conquista, reiteraba lo manifestado por sus camaradas afirmando que en Copiapó "había muchos indios, y aunque fueron llamados por el Gobernador Valdivia que viniesen a la obediencia del servicio de S.M.... no quisieron venir, antes pelearon con los dichos españoles...",(Taravajano: 237).

El contenido del discurso bélico de Ulpar y las acusaciones formuladas contra Diego de Almagro fueron reiteradas a Valdivia cuando entró al valle de Huasco. En ese lugar el general español se entrevistó con el capitán general Calaba, a quien preguntó por qué sus hombres abandonaban la tierra, mataban cristianos y se alzaban contra las fuerzas del rey. "Respondió el capitan yndio que tenian muy gran temor a los christianos por el mal tratamiento que Don Diego de Almagro y sus jente les avia hecho, y le avian quemado a su cacique principal nombrado Marcandey. Y que su hijo de este hera señor agora, y que les mandó que antes se fuese a morir por las sierras que servir aquestas gentes" (Vivar: 39). Al interrogar a 12 indios prisioneros sobre el paradero de los habitantes del valle, "los yndios respondieron que estavan en las sierras escondidos con el temor que tenian de los christianos. Y como estavan avisados de nuestra venida, avian escondido la comida que tenían, que no se podia hallar" (Vivar: 41).

A pesar de los mensajes que enviaban los habitantes de los valles septentrionales a sus vecinos del Sur anunciándoles el arribo de la nueva fuerza expedicionaria, la reacción de los nativos de Aconcagua fue menos hostil y belicista. Durante el parlamento celebrado por los españoles con el jefe Atepudo en su fuerte situado en el valle de Palta, los "caciques e indios dijeron que ellos embiarian mensajeros a todos syn faltar ninguno, y que pasados ocho dias serían alli de buelta con la respuesta" (*Ibíd*: 48). Las razones que llevaban a Atepudo a asumir esta actitud se derivaban de la guerra que este jefe sostenía contra los líderes del valle de Aconcagua, Tanjalonko y Michimalonko, quienes habían conseguido expulsar a los representantes del incanato hacia Santiago e intentaban ocupar las tierras de Palta. Atepudo, que actuaba en esta guerra en alianza con el gobernador cuzqueño Quilicanta y algunos jefes nativos de Santiago, vio

en los españoles potenciales aliados y amigos. La coyuntura no podía ser más favorable para los hispanos.

Cuando los expedicionarios arribaron a Santiago, Valdivia organizó cuatro partidas de soldados, las cuales se dedicaron a recorrer el valle capturando indios, "y con ellos —escribía Valdivia— envié llamar los caciques que me viniesen de paz y no temiesen, porque les quería dar la cabsa de mi venida y saber sus voluntades" (Valdivia; 1545: 16). La presencia de las cuadrillas en el valle tuvieron un efecto adicional. Al toparse una y otra vez con los cristianos, los aborígenes acudieron a sus jefes diciéndoles "que eramos muchos cristianos y de este temor vinieron los señores...". Efectivamente, pocos días después de haberse establecido en Santiago, se presentaron ante Valdivia 14 jefes locales, encabezados por Quilicanta y Atepudo. Al ser requeridos a dar la paz, "respondió él (Quilicanta) por todos, qu.el avia venido con todos aquellos caciques e indios a dar la ubidiencia a su magestad, y servir a los christianos, y asy lo harian de alli en adelante syn faltar punto" (Vivar: 52). Describiendo este evento, Pedro de Miranda aseveraba: "vinieron de paz la mayor parte de esta comarca, excepto los de Aconcagua..." (Quiroga, 1560: 212). Michimalonko y Tanjalonko se habían hecho de un nuevo y formidable enemigo.

La guerra de los Lonkos

En la lucha que se desató por el dominio de Chile central entre españoles e indios, el líder que más se destacó fue Michimalonko, quien encabezó la resistencia indígena desde los primeros días. Si bien su autoridad directa era ejercida solamente entre los habitantes de la mitad oriental del valle de Aconcagua, su prestigio como estratega y negociador se extendía hacia los territorios vecinos.

La fama de Michimalonko provenía principalmente de la habilidad que había mostrado en sus negociaciones con los incas en las décadas previas, con quienes había logrado establecer una alianza que no perjudicaba su señorío y de quienes había recibido un trato especial (Ampuero e Hidalgo: 105; Hidalgo, 1972: 85; León, 1983: 108; Silva, 1981: 232). Según manifestaba el propio Michimalonko, los señores del Cuzco le habían enviado presentes e incluso invitado a comer en su mesa, "cosa que con ningún otro habían jamás hecho" (Mariño: 275). Su prestigio y fama serían doblemente engrandecidos en su nuevo papel de líder de la resistencia antiespañola. Como ya se ha anotado, la primera manifestación de sus deseos de luchar contra los invasores se dio en febrero de 1541, cuando rehusó participar en el parlamento celebrado en Santiago junto a sus antiguos enemigos.

En junio, después del corto período de paz que siguió a la llegada de los hispanos al valle de Mapocho, la guerra comenzó a tomar forma. "En este tiempo, escribía Valdivia, en una carta al Emperador Carlos V, entre los fieros que nos hacían algunos indios que no querían venirnos a servir, nos decían que nos habían de matar a todos, como el hijo de Almagro, que ellos llamaban Armero, había muerto en Pachacama al Apomacho, que así nombraban al Gobernador Pizarro..." (Valdivia, 1545: 5). Santiago de Azoca dejó en su Probanza una descripción similar: "no obstante las amonestaciones, inducimientos, halagos, llamamientos, que con afables vías y modos el dicho Gobernador (Valdivia) hacía a los naturales, por sí é por sus capitanes é caudillos que para ello enviaba, como está dicho, jamás querían venir de paz, antes le enviaban á desafiar y á decir que se querían haber en campo con él é hasta que se probase en batalla no querían venirse á él..." (Azoca: 40). En la misma Probanza, Joan de Cuevas aseveraba que los indios "estuvieron algún tiempo que no quisieron venir á dar la obediencia é dominio á S.M., antes vía este testigo quenviaban a decir que no querían venir y otras cosas, dando muestras de no querer ser sujetados ni dar la paz y obidiencia, antes publicaban querer venir sobre esta ciudad y destruirla..." (*Ibíd*). El discurso desafiante y contestario de los lonkos comenzaba lentamente a cristalizarse: la guerra real era precedida por la guerra ritual de la palabra.

El desafío de los indígenas y las noticias que contenían sus comunicaciones sobre la muerte de Pizarro tuvieron un profundo impacto en el asentamiento español. Para comprobar si los

rumores que circulaban sobre la situación en el Perú eran ciertos, Valdivia apresó algunos caciques del área, quienes "dijeron que su cacique, que era el principal señor del valle de Cancocagua...tenía nueva dello de los caciques de Copayapo y ellos de los de Atacama..." (Valdivia, 1545: 5). Si bien la coyuntura fue aprovechada por Valdivia para conseguir su nombramiento como Gobernador del reino, el jefe hispano no se sorprendió al enterarse que los nativos de Aconcagua estaban en comunicación con las etnias del Norte y Perú. El acontecimiento no era, en realidad, nuevo. Como expresara en una carta a Hernando de Pizarro en 1545, desde su llegada al país se había enterado de los esfuerzos que realizaba Manco Inca para promover la guerra en Chile. A través de un indio cautivo, escribía Valdivia, "supe que todos los señores desta tierra estaban avisados de Mango Ynga, con mensajeros que vinieron delante de mi, haciéndole saber, si querían que diesemos la vuelta como Almagro, que escondiesen el oro, porque como nosotros no buscamos otra cosa, no hallándolo, haríamos lo que él; y que asimesmo quemasen las comidas, ropas y lo que tenían..." (Valdivia, 1545: 17).

El mensaje del inca a los indios de Chile era simple: les recomendaba explotar la debilidad estructural del ejército hispano derivada de su incapacidad para generar sufientes recursos materiales con qué mantener sus soldados. No se trataba de buscar un enfrentamiento militar frontal, sino esconder los granos, matar las ovejas y destruir sus propiedades; de este modo se esperaba que los peninsulares aumentaran sus demandas sobre sus aliados hasta alienarlos y obligar a desatar una guerra de botín que dividiría sus fuerzas y desviaría sus energías militares en la búsqueda de alimentos. Con sus comunicaciones hacia el Perú cortadas, malamente alimentados y enfrentados a una población nativa hostil, los españoles no tardarían en dividirse y luchar unos contra otros como lo habían hecho en el Cuzco. La clave consistía en transformar sus tierras en páramos hostiles, y así lo entendieron los habitantes de Chile central. "Los indios —señalaba un testigo— por andar levantados, no sembraban..." (Gómez de Almagro: 222). Otro testigo declaraba: "por causa de la guerra con los dichos indios, no sembraban ni hacían sementeras, pensando que por ello se volvieran y dejaran la tierra (los españoles), como ya lo había hecho Don Diego de Almagro, que fué con Paulo Ynga a aquella tierra..." (*Ibíd*: 194). El mismo Valdivia se encargaba de señalar hasta qué punto la voluntad de los indígenas se había materializado: "por sólo que los viésemos no tener nada, se quedaron desnudos..." (Valdivia, 1545: 17).

Los nativos no se limitaron a destruir sus propiedades y comenzar su éxodo hacia las montañas cercanas en busca del refugio que les brindaban sus fuertes. También intensificaron la guerra ritual, "moviendo mucho más las lenguas con palabras injuriosas, y de ludibrio de los cristianos llamándolos ladrones y echando retos..." (Mariño: 252). La actitud que asumían los lonkos y sus conas superaba las expectativas de Valdivia. Sus acciones y declaraciones no sólo dejaban en evidencia su voluntad de luchar, sino también reflejaban una arrogancia hasta allí no vista. Para los guerreros de Aconcagua y sus aliados, los españoles no eran seres sobrenaturales ni extraordinarios, lo que era confirmado por las noticias que llegaban desde el Perú dando cuenta de sus disensiones internas, de sus debilidades militares y sus afanes de dominio. La única diferencia entre éstos y los viejos enemigos era de orden técnico. Los hispanos contaban con armamentos novedosos, se movilizaban con rapidez, organizaban sus fuerzas con astucia y explotaban con gran éxito las rivalidades que dividían a los aborígenes. En particular, habían logrado movilizar a un considerable número de indios disidentes, encabezados por Atepudo y Lonkomilla, y aun contaban con el apoyo de los tercios cuzqueños establecidos en el país. Pero cada una de estas ventajas podía ser anulada o neutralizada implementando tácticas de acoso y desplazando los frentes militares hacia el terreno que más les convenía. Por sobre todo convenía aumentar la presión sobre los aliados nativos de los peninsulares y eliminar así la fuente de abastecimiento de alimentos y granos que hasta allí habían permitido su consolidación en Santiago. A fines de julio de 1541, Michimalonko tomó este último camino manifestando que no estaba dispuesto a someterse, "que antes tenía voluntad y proposito de matar a todos los señores que habían venido a le dar la obediencia, y que él estaba en parte tan segura que no tenía miedo a los cristianos, y que

de allí donde estaba era parte para ofendernos y matar a todos quantos christianos y los yndios que de paz estavan..." (Vivar: 54).

Los rápidos cambios que estaba sufriendo la situación en la región con la emergencia del foco rebelde de Aconcagua, no pasaron inadvertidos para Valdivia, quien vio su pronto sometimiento como el medio más efectivo para conseguir la pacificación definitiva del área. La derrota de Michimalonko contribuiría además a reforzar la alianza que se mantenía con Atepudo, Lonkomilla y Quilicanta y permitiría reducir el espacio rebelde que impedía las relaciones terrestres con el Perú. Con estos objetivos en mente, el propio Valdivia se dirigió hacia el fuerte de Michimalonko a fines de julio de 1541. La batalla librada en esa fortaleza es bien conocida como para insistir en su relato, pero hay un detalle que merece ser enfatizado: el esfuerzo realizado por Valdivia por establecer una comunicación directa con el jefe de Aconcagua. "Tuvo traza —afirmaba Mariño de Lobera— para que se asomara el general y sus capitanes a un lugar donde les dijo por faraute, que dejasen el fuerte desembarazado, pues de hacerlo así les vendría en gran provecho... Con esto les habló otras palabras, probando si podría atraerlos, de suerte que no viniesen a rompimiento. Más ningún medio fue parte para que dejase el bárbaro general y sus capitanes de estar muy enteros en la defensa de su fuerte" (Mariño: 260). Santiago de Azoca afirmaba en su Probanza: "y llegados a reconocer el dicho fuerte se les hicieron los requerimientos necesarios para que se diesen..." (Azoca: 41).

Es importante resaltar estos esfuerzos realizados por Valdivia porque reflejan su convencimiento de que aún era posible conseguir una paz pactada con los guerreros del valle. Sin embargo, los indios no estaban dispuestos a negociar. Como señalara Vivar, apenas vieron llegar a los soldados hispanos, "començaron a dar gran grita, como ellos acostumbran" (Vivar: 56).

El desenlace de la batalla por el fuerte de Michimalonko fue favorable para los peninsulares. El jefe nativo fue capturado por el capitán Rodrigo de Quiroga; llevado ante Valdivia, el lonko le pidió que pusiera fin al combate: "Tata (que quiere dezir "señor"), manda a estos christianos que no me maten más gente, porque yo ya he mandado a la mía que no peleen, y les e mandado que vengan a servir" (*Ibíd*: 57). La captura de Michimalonko no pudo ser más propicia para los conquistadores, pues una vez derrotado, "suplicó al general mandase a los christianos que fuesen a la segunda plaza del fuerte, y que en ella hallarian a sus mugeres y dos talegas de oro en polvo... Dixo Michimalongo que no hiziesen mal a sus mugeres, y que él era su prisionero y que todo hera suyo: "a ti lo doy y a ti lo ofresco, y de aqui en adelante te servire como devo" (Vivar: 59). Pero la recompensa fue aún mayor, pues Michimalonko informó a Valdivia sobre la ubicación exacta de las minas de oro que explotaban los nativos para pagar sus tributos al inca. "Viendo Michimalongo —escribía Mariño de Lobera— que con esto tendría contentos a los vencedores, acordó él y los demás señores que con él estaban en prisión de llevar al capitán a las minas de Malga-Malga" (Mariño: 260). La descripción de Vivar es más rica y vale la pena citarla completa. Según el cronista, "El cacique Michimalongo tenía noticia que quando Don Diego de Almagro vino del Piru a esta tierra de Chile (e- que) le pideron oro, y consyderando que aquellos christianos heran como éstos, y pedía el oro, que tanbien lo querrian y amarian. Consyderando esta consyderacion cometio a (e dixo) al general: "Tata, yo te quiero servir con cierta cantidad de oro que hare sacar, que no lo tengo sacado de las minas. Y para sacarlo tengo necesidad que me sueltes y que me des licencia. Y que si le dava señaló alli un atambor que le sacaria lleno, que al parecer cabrian en el mas de ciento y veynte mill peso" (Vivar: 59). Góngora de Marmolejo reitera en su crónica la misma expresión: "Dijerónle los señores principales que no sólo le servirían, sino que le darían un atambor lleno de oro..." (Góngora: 84).

La decisión de los Lonkos de pagar un rescate por su libertad y dar noticias sobre los lavaderos de oro de Marga-Marga, secreto que al parecer habían incluso negado entregar a los curacas del inca, reflejan el concepto que se habían formado los indígenas de sus nuevos enemigos. Los españoles eran hombres inquietos, movidos por ambiciones materiales y deseosos de ser obedecidos y servidos; no trabajaban la tierra para sobrevivir ni llevaban sobre los hombros

sus cargas. Dichas labores menores debían ser hechas para ellos por los yanaconas traídos del Perú y los aborígenes sometidos. Se empeñaban en ocupar las tierras de otros, robar sus mujeres y destruir los asentamientos nativos, sin que hubiera motivo para la guerra. Las relaciones que intentaban establecer no estaban basadas en el principio de reciprocidad que regulaba las transacciones sociales y políticas de los indígenas, sino en un concepto jerarquizante que creaba señores y vasallos. Como seguramente les informaban sus espías y con las noticias que entregaban los soldados descontentos, los nativos podían comprobar que la sociedad colonial que se instauraba no se organizaba en torno a principios igualitarios. Al mismo tiempo observaban cómo la acumulación de riquezas era una empresa personal y los bienes materiales reunidos no eran redistribuidos. Con tales enemigos, la compra de la libertad, por más opuesta que fuese a las costumbres y tradiciones de los indios, era el medio más eficaz para aplacar y complacer. La guerra con los peninsulares era, en cierto sentido, similar a un negocio.

La manipulación que los Lonkos hicieron de las ambiciones de Valdivia y sus compañeros al tentarles con la entrega de los lavaderos de oro, confirmaba por otra parte que los indios no consideraban a los hispanos como seres sobrenaturales, sino simples mortales movidos por afanes terrenales. Los españoles eran nuevos enemigos, sin nada que los diferenciara sustancialmente de los antiguos. Sin embargo, en comparación con los incas, su comportamiento era completamente anormal y en contradicción con los principios básicos que regulaban la sociedad tribal en Chile central; su conducta era no sólo extraña sino esotérica y exótica. De allí que no importaba sellar pactos y hacer promesas que nunca se cumplirían: el diálogo político con los españoles estaba en su médula corroído, porque los nuevos conquistadores no seguían las reglas del juego. Solamente se trataba de ganar tiempo para comenzar la guerra de nuevo. Ese fue el camino que adoptaron los lonkos cuando entregaron su oro a Valdivia.

El comienzo de la guerra total

La derrota sufrida por manos de los españoles no puso fin al espíritu rebelde de los guerreros de Aconcagua. A fines de agosto, los lonkos comenzaron nuevamente a promover la resistencia contra los hispanos. "Habiendo los yndios sustentado la paz algunos meses —escribía Antonio de Herrera en sus *Décadas*— tuvieron sus pláticas secretas sin que se les diese ocasion y determinaron de matar a toda la gente castellana..." (Herrera, Década VII: 29). Diego García de Cáceres declaraba en 1563 que los indios "hacían todo el mal é daño que podían a los naturales que daban la obediencia é la habían dado al dicho señor Gobernador..." (García de Cáceres: 98). Otro conquistador manifestaba "se tuvo nueva como los indios del valle de Chile estaban alzados y rebelados y mataban a muchos indios que estaban de paz..." (*Ibíd*: 191). La coyuntura para romper las hostilidades se las proporcionó la puesta en marcha de las labores mineras en Marga-Marga, donde un pequeño destacamento de españoles y algunos auxiliares indígenas fueron atacados, después que Valdivia retiró los soldados que los protegían. Mientras esto ocurría en la costa de Aconcagua, en Santiago se recibían noticias respecto a una gran concentración de guerreros Promaucaes al Sur de la ciudad, que se disponían a atacarla, lidereados por el jefe Cachapoal.

De acuerdo al cronista Vivar, el jefe de los rebeldes en Aconcagua era Michimalonko, quien vio la retirada de Valdivia como una muestra de debilidad. Considerando que la pérdida de una batalla no había decidido el resultado final de la guerra, "se apedillaron los Yndios todos a una, y alçaronse de nuevo, y escondieron los bastimentos y lo demas que tenian. Avian los yndios sembrado poco mayz y no como otras vezes, con yntencion que viendo los españoles que avia poco sembrado, no aguardarian a cojer las sementeras, y viendo poco bastimento perecerian no permanecerian en la tierra. Y si acaso quisiesen porfiar, que los matarian, por una parte con la hambre, y por otra los apocarian con la guerra, la qual comencaron a hazer muy de veras, cometiendo dentro de la ciudad, matando los yanaconas, no admitiendo en sus rrequerimientos y

amonestaciones..." (Vivar: 63). Después de haber tratado de ganarse a los hispanos explotando sus debilidades y ambiciones a través del ofrecimiento de riquezas, Michimalonko y sus aliados optaron por implementar una confrontación de carácter general. Para movilizar al máximo de nativos, los lonkos obviaron las antiguas diferencias que les separaban con Atepudo, Lonkomilla y los demás caciques de Santiago, e hicieron un "llamamiento general" con "grandes banquetes e borracheras" al cual invitaron a los principales líderes aborígenes de la región. A ellos se sumaron algunos emisarios de los Promaucaes, que desde el Sur del río Maipo organizaban sus propias campañas contra los peninsulares. En total, según Vivar, se reunieron 16.000 conas. Su objetivo sería la destrucción del poblado español en Santiago.

Quilicanta —"hombre de guerra y de la progenie de los yngas"— que se encontraba en Santiago como rehén, también se sumó a la guerra de resistencia de los nativos. Con este fin envió sus mensajeros a Michimalonko haciéndole saber que los españoles eran pocos "y que ellos heran muchos en estrema cantidad, y estavan en su tierra, y la sabian, y que se animase, y matase a los christianos, y que después ellos se concertarian y serian amigos fasta su fin... El Michimalongo, oyda la enbaxada, pareciole bien el negocio y concedio en ello, y rrespondio que hera bien acertado, y que en ello se ganavan dos cosas: lo uno, libertar a su tierra y gente, en hechar d'ella a sus adversos, como en efecto por tales los tenían; y lo otro, por verse amigo de Quilicanta, qu. era una cosa qu. el mucho deseava, porque conocia que hera mas poderoso que no el..." (*Ibíd*: 65). El plan que proponía Quilicanta era sencillo. Consistía en enviar 400 soldados como auxiliares de la columna que Valdivia preparaba para atacar nuevamente el fuerte de Michimalonko, para que en medio de la batalla mataran los caballos de los peninsulares y se unieran al bando nativo. Para ponerlo en práctica, Quilicanta se presentó ante Valdivia y le manifestó: "Apo, syrbete d. esos yndios, qu. bienen bien aderecados a punto de guerra, qu. son muy belicosos y buenos guerreros, que son del valle de Mapocho" (*Ibíd*: 65).

Cuando Valdivia comprobó que la rebelión tenía el carácter de un alzamiento general, convocó a un parlamento a los jefes nativos de Santiago y a Quilicanta, sospechando que estaban envueltos en la conspiración. Durante la entrevista les explicó los daños que causaría la nueva guerra y los terribles efectos que tendría sobre la población nativa. Ante las acusaciones formuladas en su contra, apunta Mariño de Lobera, los jefes locales respondieron "estar ellos libres desta nota sin haber intervenido en la conjuración que otros intentaban, haciendo grandes ofertas y promesas al capitán Valdivia..." (Mariño: 263). Quilicanta, que hasta allí había actuado como el cabecilla de los indios aliados a los hispanos, declaró que no estaba en su poder declarar la paz o sumarse a la guerra "que él no era ya parte para lo uno ni para lo otro, por no ser obedecido después que entraron los españoles, y que sólo le podía servir con avisarle de que los indios no esperaban otra cosa sino que su señoría saliese de la ciudad para coger la gente dividida, dando sobre los unos y otros de improviso" (Mariño: 263).

Sin aprovechar el consejo que le proporcionó Quilicanta, Pedro de Valdivia salió rumbo a Aconcagua a luchar contra Michimalonko. En su marcha hacia el Norte, sus soldados cogieron dos espías que se dedicaban a contar el número de españoles que componían la columna. Después de ser torturados, los espías declararon que "el día qu. el general diese la guaçavara a Michimalongo avian de dar todos el rrestante de la tierra en la ciudad y quemarla y matar a los christianos" (Vivar: 66). Desalentado por las malas nuevas que confirmaban sus peores temores, el general peninsular retornó a Santiago. Después de unos días, salió rumbo al Sur a contener a los Promaucaes que se reunían en el fuerte del jefe Cachapoal. Los guerreros de Aconcagua, que estaban al tanto de las movidas de los conquistadores, asaltaron la ciudad pobremente defendida el 11 de septiembre de 1541. Durante el combate, los caciques que estaban presos comenzaron "a dar voces a los suyos para que los socorriesen libertándoles de la prision en que estaban" (Mariño: 264). Al oír sus gritos, los defensores los degollaron y lanzaron sus cabezas hacia el campo enemigo. "Doña Ines de Suares, porque no se llevasen a los casiques presos, los mató con una hacha de partir leña..." (Vásquez de Espinosa: 699).

Michimalonko, que no se había hecho presente durante el primer día de la batalla, arribó a Santiago con 5.000 guerreros de refuerzo. Al ver que sus hombres no habían doblegado aún la tenaz resistencia de los defensores españoles, reunió a sus soldados y "les habló con palabras graves y severas, que argüian entendimiento y valor de uno de los emperadores romanos más que de bárbaro chilense. Porque aunque estos indios son comunmente de bajos naturales y apocados en sus personas y modo de proceder en sus negocios, con todo eso hay algunos que representan el señorío y autoridad de sus linajes i oficios, y tal era este Michimalongo, cuya prudencia y sagacidad y otras buenas partes naturales autorizaban mucho su persona. "Espantado estoy de que unos hombres tan valerosos como yo entendí que erades vosotros, hayais caido en tal infamia y deshonor... perdiendo vuestra reputación acerca de los cristianos, y aun de los mesmos de vuestra patria de entre los cuales yo os escogi, entendiendo que erades hombres y no gallinas, como la experiencia muestra con desengaño. Yo no sé, por cierto, que nueva cobardía se ha metido y apasionado de vosotros, que, habiendo resistido tan varonilmente a los quinientos hombres que entraron con el capitán don Diego de Almagro hasta hacerlo salir de nuestras tierras con el temor que nos tuvieron, estéis agora tan amilanados que os hayan hecho huir cuatro hombrecitos de mala muerte, cobrando ellos avilantez de ver tan en su punto vuestra cobardía" (Mariño: 266). Luego de manifestar que no estaba dispuesto a continuar actuando como su líder, agregaba Mariño de Lobera, Michimalonko concluyó su arenga manifestando que lo reasumiría "con tal condición que troquéis los instrumentos de guerra con vuestras mugeres, tomando ellas vuestras armas y vosotros sus ruecas, que sois más para ellas que para las batallas..." (*Ibíd*).

El largo discurso de Michimalonko fue respondido por el capitán de guerra Aliavo, quien manifestó "que aunque le sobraba razón de estar airado contra ellos mirando solamente los efectos, pero considerando bien lo que ellos habían hecho y padecido no había hombre entre ellos digno de ser reprendido por cobarde. Pero que tornarían a la refriega, pues hasta entonces no habían desistido della, sino solamente retirádose un poco para tomar aliento. Con éstas le dijo otras palabras para aplacarlo, prometiéndole grandes cosas, de suerte que el general se fue amansando hasta quedar del todo desenojado" (Mariño: 267). No obstante, a pesar de las declaraciones, los españoles se impusieron y lograron poner en fuga a los asaltantes. Valdivia logró una victoria similar entre los Promaucaes.

La victoria sobre los nativos y el descabezamiento de gran parte del liderazgo indígena tampoco consiguió la pacificación de los indios. Por el contrario, como manifestara el propio Valdivia en 1545, a partir de ese momento "era tanta la deverguenza de los indios, que no quisieron darse a sembrar sino a nos hacer la guerra...y así venían a nos matar a las puertas de nuestras casas los yanaconas y los hijos de los cristianos y a arrancarnos las sementeras...y seguíannos tanto como los cuervos al cordero que se quiere dormir... Esto nos duró cerca de tres años, que pasaron desde que la tierra se alzó hasta que dió la vuelta mi teniente (Alonso de Monroy) del Cuzco" (Valdivia, 1545: 18).

La guerra contra los Çupais (1541-1545)

Entre septiembre de 1541 y febrero de 1544, la guerra por el dominio de Chile central adquirió los rasgos de una épica. En innumerables ocasiones los guerreros indígenas se enfrentaron con los peninsulares ya sea en los alrededores de Santiago, Aconcagua o en la "provincia" de los Promaucaes, al Sur del río Maipo. Los nativos, utilizando sus fuertes y emplazamientos defensivos, lograron un equilibrio, que sin poner en peligro la sobrevivencia de los hispanos, los limitó a vivir confinados en las murallas del fuerte que construyeron en Santiago y les impidió poner en práctica sus planes de expansión territorial hacia el Sur. Describiendo esta guerra, Vivar anotaba en su crónica que durante ese tiempo (1541-1544) "no uvo honbre que se desnudase para dormir, ni durmiese desnudo, ni desarmado de las armas que cada uno tenía... Ni aun l. acostumbrada guerra no les dava tanto travajo, ni la syntieran, sino viniera tan acompañada de tanta hambre y

necesidad de provision..." (Vivar: 109). Valdivia, en su carta al Emperador de 1545, señalaba en el mismo sentido: "y los indios nos llamaban *zupais*, que así nombran a sus diablos, porque a todas las horas que nos venían a buscar —porque saben salir de noche a pelear— nos hallaban despiertos armados y, si era menester, a caballo..." (Valdivia, 1545: 7).

La intensidad que adquirió la guerra contra los *zupais* puso fin a las comunicaciones que existían entre ambas sociedades. Los indios de guerra huyeron hacia las montañas o buscaron refugio en los territorios libres, abandonando sus propiedades y asentamientos ancestrales. La guerra era total y solamente podía concluir con la derrota de uno de los dos bandos. El frente militar se desplazaba constantemente, desde los Promaucaes hacia Aconcagua, desde la sierra hacia la costa, obligando a los peninsulares a organizar múltiples columnas de represión que difícilmente podían imponer una paz duradera. Aislados de sus compatriotas en el Perú, los españoles luchaban por su sobrevivencia, en medio de una población hostil, y buscaban con codicia no ya el oro, sino los escasos granos y los pocos animales que los indios tenían escondidos en sus fuertes o asentamientos. Semidesnudos y pobremente alimentados, los conquistadores perdieron rápidamente el brillo y el esplendor de antaño. "Vino su calamidad a tal estrecho —escribía Mariño— que el que encontraba legumbres silvestres, langosta, ratón y semejante sabandija, le parecía que tenía banquete... se sustentaron los españoles siete años con no más aventajados vestidos que bastimentos, pues los más pulidos y galanos eran de cueros de perros y otros animales semejantes... aunque el vestido más ordinario eran las armas, por ser muy frecuente el correr el campo, hacer escolta y estar en atalaya y centinela" (Mariño: 272). Pero lo que perdían los españoles en presencia y gala lo ganaban en prestigio y fama, en particular Pedro de Valdivia: "tanto los perseguia que dezian los indios que no era hombre mortal..." Los espías, de otra parte, seguían jugando un papel crucial, informando a Valdivia de los movimientos de los indios: aún no acavaban de pensar la cosa quando él ya lo sabia por entero" (Vivar: 76).

El sitio que los nativos impusieron sobre Santiago fue reforzado con los continuos llamamientos que hacían los guerreros a los indios de paz. Desde sus fuertes, a los que se acogían con sus mujeres e hijos y desde donde organizaban emboscadas y ataques sorpresivos contra las columnas españolas que recorrían sus tierras, los Promaucaes "avisaban con mensageros secretos a los yndios de la tierra que nos servian (por que mas no podian por ser cercanos a la ciudad y tierra llana), que se fuesen a sus tierras de los pormocaes; porque alli dezian que avia anchura para senbrar y poblar; y que no nos sirviesen, que ellos se la darian de muy buena voluntad..." (Vivar: 77). La convocatoria de los Promaucaes marcaba un severo cambio en la estrategia bélica de los indios de Chile central, en la medida que proponían un abandono total de los asentamientos situados al Norte del río Maipo y dejaban en evidencia sus deseos de establecer una frontera permanente entre ambas sociedades. Si los Promaucaes intentaban reproducir la situación militar que habían establecido con los incas erigiendo una línea defensiva, la movilidad del ejército hispano y la acción decisiva de Valdivia frustró sus planes. Desde principios de 1542, los peninsulares concentraron sus esfuerzos militares en destruir los fuertes de los Promaucaes e impedir que se formara una alianza entre éstos y los habitantes del valle de Santiago. La principal batalla se libró en el fuerte de Angostura, cuya destrucción causó asombro entre los nativos, quienes decían "que no les avian podido gañar aquella fuerça los Yngas combatiendoles aquel fuerte" (Vivar: 99).

Para romper el aislamiento en que se encontraban en Santiago y conseguir refuerzos militares, el gobernador Valdivia comisionó al capitán Alonso de Monroy para que se dirigiera por tierra al Perú en busca de ayuda. El viaje de la escuadra lidereada por Monroy y Pedro de Miranda no estuvo privada de peripecias, en la medida que tuvieron que cruzar las tierras que mantenían en sus manos los aliados de Michimalonko y los jefes locales de las provincias del Norte. En Copiapó, escribía más tarde Valdivia, los nativos apresaron la columna y mataron cuatro de sus miembros. Conscientes del valor que tenían los documentos escritos y cartas que llevaban consigo los españoles e interesados en impedir toda comunicación entre los peninsulares

de Santiago y los del Perú, los indios "tomarónles el oro e rompieron los despachos" (Valdivia, 1550: 30). En condición de prisioneros, Monroy y Miranda fueron llevados ante Andequín, señor del valle de Copiapó. "El bárbaro —señalaba Mariño de Lobera— les dijo palabras muy feas e insolentes, llamándolos bellacos, ladrones, mentirosos y vagabundos, que no tenían otro oficio sino andar robando por tierras ajenas, inquietando a los moradores, tomándoles no sólo las haciendas, sino también las mujeres, llevándolas a ellas y a sus hijos presos a otras tierras, como lo había hecho Don Diego de Almagro llevándolas en colleras muchas al Perú" (Mariño: 280). De acuerdo con Vivar, Monroy y Miranda se presentaron voluntariamente ante Andequín, quien acudió montado a caballo: "se fueron todos a una rramada y casa grande que hera de aquel señor, y alli se sentaron. Y luego mandó traer de comer para los españoles, y empeço a desculparse con el capitán Alonso de Monroy, que sy hasta alli avia fecho guerra y muertos christianos, que no tenia el culpa, syno otro señor que arriba en el mismo valle estava" (Vivar: 80).

Según Vivar, después de esta entrevista, los copiapinos tomaron las armas y atacaron a Monroy y sus hombres. Sin agua ni provisiones, Miranda y Monroy se fugaron hacia el desierto, solamente para rendirse al capitán de guerra Cateo unos días más tarde. El cautiverio de ambos peninsulares se extendió por varios meses, pero al final lograron escaparse y continuar con su comisión en el Perú. Mientras se encontraron en manos de los indios de Copiapó, los prisioneros fueron ayudados por una hermana de Aldequín, quien "con sus manos los desató e hizo llevar agua con que los mandó lavar la sangre de las heridas, y dió a beber de su brebaje, haciendo ella la primera salva, como es su costumbre, y les dijo que no temiesen, que no habían de morir...y luego llegó el indio capitán (Cateo) que los había preso, y los dixo que no temiesen, porque la señora de todos ellos, con lo que había hecho, había mandado que no los matasen" (Herrera, Década VII: 34). Otro que los protegió fue el propio capitán de guerra Cateo, quien, como anotara Vivar, "siempre procuró de sustentarlos y faborecellos, como lo hizo, porque se lo prometió quando a él se dieron" (Vivar: 82).

Alonso de Monroy retornó a Chile con refuerzos del Perú a fines de 1543. En su paso por Copiapó dispuso a sus soldados para realizar una campaña de represión y castigo contra los nativos por la muerte de sus cuatro compañeros el año previo. Mientras se realizaban los preparativos salió a su paso el capitán Cateo —quien había asumido el señorío del valle a la muerte de Aldequín— para rogarle que suspendiera las hostilidades. En su entrevista con Monroy, Cateo le expresó "las buenas obras que le había hecho cuando le prendió, y el mucho amor que le tenía y había manifestado por los efectos, hasta librarle de la muerte; y suplícole no hiciese guerra ni alboroto, pues todos estaban con ánimo de servirle... el general lo abrazó con grandes muestras de alegría... y juntamente le dijo que por su respeto alzaba mano de la guerra sin tratar de vengarse, ni dar el merecido respeto a los que lo merecían" (Mariño: 283). Si en 1540 Ulpar había expresado su frustración por la falta de reciprocidad en las relaciones que establecían con los peninsulares, la decisión de Monroy de suspender su temida campaña demostraba la voluntad de los españoles de asentar sus comunicaciones con los indígenas basadas en el respeto y aprecio mutuo. La persistencia de la feroz guerra en el Sur y los deseos de romper el aislamiento en que se encontraban, empujaban a los hispanos a tomar ese camino.

La situación militar en los valles cercanos a Santiago no varió en los meses previos al arribo de Monroy y sus refuerzos. En Aconcagua, anotaba Vivar, algunos indios presumían que los españoles no se atrevían a atacar sus asentamientos y fuertes por temor, "y de alli, teniendo esta vana osadia, enbiavan a dezir y amenazar a los caciques que nos servian, que por quanto nos ayudaban a hazer las casas y sementeras, que los avian de matar" (Vivar: 101). Los Promaucaes, más al Sur, enterados de los progresos que hacían los españoles en la colonia y al tanto de los preparativos que se realizaban para llevar a efecto una nueva campaña militar contra sus asentamientos, enviaban sus mensajeros a Santiago manifestando a Valdivia "que querían servirle, aunque davan otras escusas por otra vía por no servir" (*Ibíd*: 103).

La llegada de Monroy a Santiago alteró sustancialmente el cuadro bélico, rompiendo el

equilibrio que se había logrado establecer entre los bandos combatientes. El hecho no pasó inadvertido a los Lonkos y sus conas. "Se recogieron todos a la provincia de los Pormocaes, escribía Valdivia en 1545, y cada día me enviaban mensajeros diciendo que fuese a pelear con ellos y llevar los cristianos que habían venido, porque querían ver si eran valientes como nosotros, y que si eran, que los recivirían, y si no, que harían como en lo pasado; yo les respondí que sí haría, (Valdivia, 1545: 9). Vivar utilizó términos similares para describir la actitud asumida por los Promaucaes: "Sabido por los yndios de la provincia de los pormocaes que heran venidos del Pirú mas españoles, se tornaron alçar de nuevo. Para poner sus personas, mugeres y hijos a buen rrecaudo se fueron a unos fuertes que tenian hechos en medio de la provincia. Y enbiaron a dezir al general que no querian servir, y que fuese alla con los christianos que le avian venido del Pirú, y que pelearian con ellos. El general les enbio a dezir que hera contento" (Vivar: 110). Como en los años pasados, los Promaucaes insistían en su actitud desafiante a pesar de la serie de derrotas que habían sufrido a manos de los hispanos y en momentos en que comenzaban a surgir serios quiebres en la unidad que hasta allí había subyacido al esfuerzo militar de las diferentes etnias de Chile central.

Las últimas campañas y el fin de la libertad

El principal foco de división emergió en la región costera del valle de Aconcagua, zona controlada por los lonkos Tanjalonko y Chingay Mangue. Después de haber sufrido varios ataques de los españoles, ambos jefes optaron finalmente por someterse y entregar parte del botín que recibieron por participar en el asalto contra el lavadero hispano de Marga-Marga. Dispuestos a rendirse, escribía Mariño de Lobera, los indígenas hicieron "grandes ofertas y promesas de que ni ellos ni ninguno de sus súbditos, se hallarían más en encuentros contra españoles; antes se sujetarían, como desde entonces se sujetaban, a su señoría (Valdivia) y al rey nuestro señor..." (Mariño 271).

El sometimiento de Tanjalonko y Chingay Mangue, que hasta allí habían luchado contra los peninsulares en alianza con Michimalonko, dejó a este último en una precaria posición. Para enfrentar la nueva coyuntura, Michimalonko convocó a sus caciques "y habiendo pasado muchos días en diversos dares y tomares sobre sus acuerdos y opiniones acerca desto, finalmente se resolvieron en que parecía más acertado el retirarse todos a los lugares más ocultos de sus tierras, donde no pudiesen dar con ellos fácilmente los españoles, dejándolos sin servicio ni mantenimientos; y no cultivando los campos, ni beneficiando las chácaras, para que desta manera les faltase totalmente el sustento, de suerte que o que pereciesen de hambre, o se fuesen a buscar mantenimientos a sus patrias" (*Ibíd*: 272). La introducción tardía de estas tácticas de guerra total no era fácil en una región que se había visto sujeta a una guerra continua desde 1536 y cuyos recursos materiales comenzaban a flaquear. En realidad, su impacto se haría sentir con igual agudeza, si no peor, entre los propios indios. La suspensión del comercio con las etnias de la costa y del Sur agravaban aún más la situación, mientras que la ausencia de una victoria desalentaba los ánimos. Los españoles, por otra parte, no daban muestras de flaqueza ni deseos de irse, tampoco luchaban entre sí como se había esperado ni habían alienado totalmente a la población nativa. Finalmente, el temprano eclipse de Quilicanta y sus capitanes —que fueron muertos o reprimidos por los peninsulares desde septiembre de 1541 hasta anularlos— destruyó las posibilidades de que se formara una federación con un liderazgo firme y estable. En el horizonte comenzaban a aparecer los signos de la derrota.

El llamado a la guerra total de Michimalonko y sus aliados no fue acogido con entusiasmo por sus seguidores. Muy pronto los lonkos se vieron obligados a celebrar una segunda junta, en la cual participaron Tanjalonko, Chingay Mangue, Apoquindo, Butacura, Lampa, Mayponolipillán, Colina, Melipilla, Peomo, Pico, Poangue, Cachapoal, Teno y Gualemo, representando a las parcialidades asentadas en los alrededores de Santiago. Durante esta conferencia Michimalonko "como el más principal, tomó la mano en hablar en público, haciendo un razonamiento con las

palabras más ordenadas que él supo, en el tenor siguiente: Hermanos y amigos mios: la causa porque nos hemos aquí juntado es el comunicar y conferir entre nosotros el fruto que de nuestros trabajos e inflexibilidad en la guerra van resultando, para que conforme a esto demos el corte que más conveniente os pareciese. Yo veo, señores, nos vamos disminuyendo cada día, y heme desvelado pensando en vuestro remedio, vacilando con mi torpe entendimiento muchas veces, y no hallo salida ni esperanza de remedio mientras con estos españoles anduvieramos a mala si no es que demos la paz a estos cristianos, que tantos años han perseverado y van siempre llevándolo adelante al arraigarse más en estas vuestras tierras... (Mariño: 272). Describiendo el efecto de la guerra y la heroica participación de los conas, Michimalonko habría agregado que desde el arribo de los peninsulares se había resistido "haciendo todas las diligencias posibles, hasta morir en la demanda tantos de los nuestros que no hay ninguno presente, ni ausente, que no haya tenido parte perdiendo padres, madres, hermanos y parientes. Pues los que han perecido de hambre, vuestras casas y personas lo saben y son testigos de ello, pues ha sido a todos tan general y lo será si en ello perseveramos". Con un balance tan magro y tan funestos resultados, la recomendación de Michimalonko al resto de los asistentes fue precisa: "Mi parecer y mi determinación es que demos la paz y nos sujetemos de voluntad a esta gente, que al fin ya sabemos que cuanto son de bravos y valientes en la guerra, son de mansos y afables en la paz. Y más vale vivir en sujeción gozando de alguna quietud y reposo que no morir como animales, y dejar mujer e hijos desamparados, y a que los maten, como de cada los han hecho, pues en tomando la mujer le cortan los pechos y el hijo lo matan, y dan con él en las paredes, y a los hombres les cortan las narices, y lo mismo harán de aquí adelante" (*Ibíd*: 272).

La proposición de Michimalonko de someterse voluntariamente al dominio hispano y evitar nuevos derramamientos de sangre debía ser discutida por los demás caciques antes de convertirse en un acuerdo general. Durante esta discusión, anotaba Mariño de Lobera, se formaron dos bandos: uno integrado por algunos lonkos y capitanes y ulmenes —hombres ricos— dispuestos a someterse a los españoles, y otro formado por los conas que "lo contradijeron, probando con sus razones que más valía morir peleando en defensa de su libertad y tierra que vivir en opresión para morir perpetuamente ellos y sus descendientes..." (*Ibíd*: 273). Al final, a punto de producirse un rompimiento entre ambos bandos, prevaleció la opinión de Michimalonko y sus seguidores, quienes fueron comisionados para que negociaran la paz con Valdivia ofreciéndoles, "en nombre de todos los caciques y señores de aquellas tierras, la paz y confederación para siempre...". Días más tarde, Michimalonko se presentó ante Valdivia y le manifestó que "venía en nombre de toda la tierra y señores della a rogarles tuviese por bien que la guerra que con él tenían y él con ellos, tuviese fin, y los recibiese su señoría debajo de su amparo, que él y los demás prometían de serle leales, sumisos y subditos, y servirles con toda obediencia" (*Ibíd*: 273).

La pacificación de los distritos vecinos a Santiago dejó a los españoles en condición de iniciar una nueva campaña contra los Promaucaes. En febrero de 1544, el ejército hispano lidereado por Valdivia y formado en parte por los refuerzos traídos por Monroy del Perú cruzó nuevamente el río Maipo dispuestos a destruir los fuertes indígenas y someter definitivamente a los "lobos monteses". Pero lo que se pensaba sería la última batalla, nunca tomó lugar. Los habitantes de los territorios situados en esa región habían abandonado en los días previos sus tierras y buscado asilo en las provincias libres al Sur del río Maule. En su fuga masiva, los Promaucaes destruyeron sus propiedades e incendiaron sus casas, dejando tras sí un paraje desolado y escasamente habitado. Al describir su campaña, Valdivia utilizaba más tarde los siguientes términos: "fuí a buscar los indios, y llegados a sus fuertes los hallé huidos todos, acogiéndose de la parte de Maule hacía la mucha gente, dejando quemados todos sus pueblos y desamparado el mejor pedazo de tierra que hay en el mundo, que no parece sino que en la vida hobo indio en ella" (Valdivia, 1545: 9). A pesar de la frustración que seguramente causó a Valdivia la actitud asumida por los Promaucaes, no cesó en sus afanes por conseguir un entendimiento con los nativos. De acuerdo con Vivar, el gobernador recorrió toda la tierra hasta el río Maule, "travajando con los yndios que avían

quedado y por los pueblos hallava, avisándoles que no se fuesen, y que no temiesen, syno que sirviesen, que no les haria mal ni daño; y que avisasen a los demas que se viniesen a su tierra, y que hiziesen sus casas y sembrasen" (Vivar: 110).

El abandono de las tierras y la fuga masiva de los nativos hacia los distritos libres se produjo también en los valles situados al Norte de Santiago. Francisco de Aguirre, después de la campaña de pacificación que realizó en Aconcagua a principios de 1545 manifestaba haber hecho "algún castigo en algunos que por no servir estaban huidos, poniendo temor a los demás, de manera que se ausentasen mejor..." (Aguirre: 53). Valdivia escribía el mismo año al recientemente creado Cabildo de La Serena, recomendándole que "todos los yndios, que de los términos de la ciudad de Santiago alla estavan, los enbiasen amenazando a sus caciques y a su tierra. Y si despues otros algunos se afuesen alla, que los castiguen y nos los consyntiesen" (Vivar: 113). Como último recurso, la fuga permitía solamente aplazar la hora del sometimiento final. La guerra de los lonkos había concluido.

El discurso bélico de los Lonkos, 1536-1545

La guerra desatada por los nativos de Chile central contra la hueste valdiviana dejó en evidencia la determinación de los indígenas de resistir el dominio extranjero y demostró la habilidad de sus líderes para poner en práctica esa voluntad bélica contra enemigos técnicamente superiores. La detención del proceso expansionista europeo hacia el resto del país —detención que se extendió por más de 4 años— fue fundamentalmente fruto del esfuerzo militar colectivo, cristalizado en la formación de federaciones militares que incorporaban amplios territorios y unían, en una misma empresa, a los segmentos sociales de diversos grupos étnicos. Utilizando el medio físico y la superioridad numérica, los lonkos lograron crear un espacio libre que se convirtió en tierra de asilo y refugio para los indios sometidos e hicieron posible la fuga masiva de los conas hacia las tierras del Sur.

La tensión que produjo el arribo de Valdivia a Santiago en 1540 y sus posteriores planes de colonización, estimularon a los nativos a superar rápidamente las diferencias que les dividían y a establecer nuevos lazos de cooperación contra el enemigo común. Por sobre todo, la guerra contra los españoles hizo posible la emergencia temporal de los lonkos y sus capitanes de guerra como líderes de la sociedad aborígen, reforzó su autoridad y legitimó sus respectivos roles como representantes de los naturales. Para luchar bajo su mando, los conas acudieron desde diversos rincones, dispuestos a defender sus fuertes y a castigar a los indios que actuaban como aliados de los peninsulares. No obstante, la cohesión y unidad de la sociedad tribal fue solamente un fenómeno coyuntural. Una vez que se produjeron las primeras derrotas, la resistencia indígena se derrumbó rápidamente. El impacto de años de conflicto, que se extendía hacia los días en que el inca impuso su dominio en la región, la captura y muerte de sus jefes y, en particular, la implementación de tácticas militares que mermaron en su seno la estrategia indígena, terminaron por quebrar la voluntad de resistir. La migración hacia las tierras libres, especialmente hacia la región del Maule, se transformó en una fuga masiva marcada por la destrucción de lo que quedaba de los antiguos asentamientos nativos. A pesar de la derrota, los lonkos y sus conas demostraron con sus acciones que los españoles no eran invencibles, mensaje que se llevaron consigo cuando se refugiaron entre los araucanos. La guerra de 1536-1545 se convirtió así en un prolegómeno de lo que sería más tarde el conflicto en la Araucanía.

El discurso bélico de los habitantes de Chile central varió regional e históricamente. Como se desprende de los testimonios presentados en las páginas previas, el lenguaje de los nativos de los valles situados al Norte de Santiago fue más refinado que el de sus congéneres Promaucaes. Las vinculaciones que los primeros tenían con el incanato, el rol de intermediarios jugado por los curacas cuzqueños, y la presencia de una casta gobernante que asumía la representación política de amplias unidades territoriales y sociales, pueden haber influido en esta distinción. También

pueden haber contribuido la existencia de ciertas funciones especializadas —la división entre lonkos y capitanes de guerra, por ejemplo— y el constante flujo social entre las secciones que formaban la sociedad dual. En comparación, el cuadro social al Sur del río Maipo parece haber sido más pobre. Los testimonios, por citar un caso, solamente registran el nombre de un solo jefe con prestigio y poder regional —Cachapoal—, no establecen diferencias entre los jefes políticos y los militares y dan cuenta de una estructura económica más atrasada. No obstante, debe tenerse en cuenta que nuestro conocimiento de la sociedad Promaucae prehispana es muy precario, y que las evidencias solamente apuntan a una sociedad que sufría bajo el impacto de la guerra. Así, el estado de desarrollo económico y social relativamente más pobre, puede haber sido solamente el resultado de la coyuntura bélica[6].

Otros factores que pueden haber influido en la diferencia cualitativa del discurso bélico de los indios del Norte y del Sur son los tempranos contactos que los primeros tuvieron con los españoles y el carácter que asumió la guerra a partir de septiembre de 1541. Mientras los habitantes de Copiapó o Aconcagua tuvieron oportunidad de establecer intercambios pacíficos con los hispanos —ya sea prestando apoyo material a Almagro o creando alianzas militares o de parentesco con los soldados de Valdivia—, que les permitió conocer a sus enemigos, los Promaucaes no pudieron superar el choque inicial ni dejar de considerar a los españoles como *zupais* o demonios. La imagen de igualdad que existía en el Norte permitió el desarrollo de un discurso político-bélico más refinado, inspirado no sólo por afanes confrontacionales, sino también por el deseo de negociar; los Promaucaes, al contrario, huían hacia las montañas en busca del refugio que les brindaban sus fuertes. La distinción en el discurso habría reflejado más bien actitudes que diferencias en el grado de desarrollo social. El carácter que asumió la guerra, por otra parte, a partir de septiembre de 1541 no daba lugar a los toques de delicadeza que caracterizaron los primeros encuentros entre españoles e indios. Los soldados de Valdivia buscaban alimentos para sobrevivir, en campañas de botín y despojo; la maloca y el saqueo no permitían el desarrollo de parlamentos ni creaban la ocasión para largos discursos y arengas. Al final de la guerra, la voz de los Promaucaes resonaría en el tiempo, empobrecida y reducida a un mero instinto bélico.

Históricamente, el discurso bélico de los nativos cambió en la medida que sus relaciones con los españoles se hicieron más permanentes. Cuando Almagro entró al país, acompañado de un hermano del inca y fuertemente apertrechado, los jefes locales desde Copiapó hasta Aconcagua prestaron su apoyo a los expedicionarios y manipularon su presencia para asentar viejas disputas. Si bien no tenían noticia de los objetivos que perseguía el Adelantado, los indios actuaron como si su paso por los valles fuera un asunto pasajero y le brindaron el mismo trato que seguramente daban antaño a los funcionarios imperiales que visitaban el país. En sus momentos iniciales, el trato con Valdivia fue similar. Sin embargo, el estado de confusión que imperaba en la región a raíz del desmoronamiento de las antiguas estructuras de dominación cuzqueñas y la amarga experiencia que se tuvo con Almagro, influyeron decisivamente en la formación de un ánimo hostil. La ausencia de sujetos peruanos connotados en la hueste valdiviana y el llamado realizado por Manco Inca a resistir, fueron factores adicionales en el desarrollo de la resistencia. No obstante, convencidos quizás que la presencia de los peninsulares sería también un evento temporal, los lonkos de Santiago, en unión con los remanentes de las guarniciones incaicas, se aliaron con los nuevos conquistadores para luchar unidos contra los señores de Aconcagua. Al mismo tiempo, y para apurar el retorno de Valdivia hacia el Perú, destruyeron sus propiedades, granos y vestidos, para dar la impresión de pobreza que espantaría a los hispanos.

[6]Sobre algunos aspectos de la sociedad Promaucae, véase Hidalgo (1973: 30-32). La pobreza relativa de los nativos situados al Sur del río Maipo ha sido vista por Silva (1983: 20-23) como el principal factor que detuvo el proceso expansionista de los incas al Sur de Chile. Es conveniente notar que esta interpretación, por precisa que sea, es históricamente incompleta en la medida que ignora el impacto que tuvo la resistencia Promaucae y no toma en cuenta las dificultades encontradas por los ejércitos imperiales para imponer el dominio cuzqueño en las regiones del Norte del país. Sobre estos puntos véase Léon (1983: passim).

Una vez que los españoles demostraron sus intenciones de quedarse, se produjo un cambio radical en la actitud de los indígenas. En corto tiempo se unieron con los jefes rebeldes y formaron una alianza destinada a destruir el nuevo asentamiento. Michimalonko, que emergió como el líder indiscutido de la nueva fase de la resistencia, concentró sus esfuerzos militares en la destrucción de los lazos que unían a Valdivia con algunos indios de Santiago y sus alrededores y desafió abiertamente el poder militar de los españoles. El discurso bélico adquirió entonces los rasgos de una guerra ritual desafiante y contestataria. La primera derrota de agosto de 1541 no produjo grandes cambios, si bien los lonkos se mostraron dispuestos a negociar con los europeos y ganar tiempo para renovar sus fuerzas militares. En esta instancia ofrecieron someterse y entregaron sus minas de oro en Marga-Marga. Mientras tanto se preparaban, en alianza con los Promaucaes, para asaltar y destruir Santiago. El fracaso de esta empresa, que frustró los planes de los lonkos y desanimó al jefe de Aconcagua, dio inicio a la segunda fase de la guerra, en que los indígenas optaron por retirarse a sus fuertes previa destrucción de sus "sementeras". El espectáculo en Chile central era el de una guerra total.

Los Promaucaes, en cuyas tierras se ubicó el nuevo frente militar, convocaron a sus vecinos a realizar una fuga masiva y abandonar sus tierras en manos de los enemigos. Sus objetivos eran migrar hacia el Sur y establecer una frontera permanente en el río Maipo, cuyas riberas protegieron con varios fuertes. Asegurados en sus tierras libres, desafiaron una y otra vez a los españoles para que lucharan con ellos en el terreno que habían elegido. Mientras tanto, en Copiapó, los jefes locales, enterados de la situación que imperaba en el Perú y probablemente al tanto del desarrollo de la guerra en el Sur, se mantenían a la expectativa. Cuando Monroy y sus compañeros cruzaron sus tierras, el valle se dividió entre los que deseaban luchar contra los europeos y los que preferían mantenerse neutrales. El capitán de guerra Cateo, a la cabeza de los segundos, protegió a los sobrevivientes de la columna y más tarde negoció la paz. Cuando Monroy logró finalmente retornar a Santiago con refuerzos, los lonkos de Aconcagua se reunieron y decidieron firmar la paz. Su estrategia global había fracasado y ya no quedaba nada por qué luchar. La sociedad indígena, abatida por los años de conflicto, desestructurada y a punto de sufrir un colapso, no podía continuar con la guerra. Eventualmente, los Promaucaes también desistieron de su empeño bélico y abandonaron sus tierras. De las antiguas acusaciones que se formularon contra Almagro, pasando por las amenazas de Michimalonko contra los indios aliados de los españoles y sus arengas desafiantes, la guerra de los lonkos en Chile central concluyó con expresiones de reconocimiento del dominio de los peninsulares.

Antes de concluir, es necesario preguntarse: ¿Por qué se produjo en Chile esta situación de guerra, casi excepcional, en que los conquistadores españoles tuvieron que luchar hasta conseguir la derrota total de los indígenas?, ¿Por qué las alianzas con los señores étnicos estuvieron limitadas al valle del Mapocho y no incorporaron a los poderosos linajes del Norte y del Sur? Sin duda, la amarga experiencia que tuvieron los indios del Norte con la columna de Almagro dejó una huella profunda, destruyó su confianza y eliminó las posibilidades de una salida de compromiso. Esta experiencia no sólo galvanizó los ánimos de los guerreros, sino también restó fuerzas a la base de poder de los curacas y puso en tela de juicio su legitimidad. Por sobre todo, fortaleció la autoridad de los jefes nativos, quienes desplazaron a los funcionarios imperiales de las posiciones de mando. Desde 1536, la guerra se convirtió en un conflicto directo entre los naturales de la tierra y los españoles. Los Lonkos, que habían recientemente recobrado su poder e influencia, no estaban dispuestos a perderla negociando con los soldados de Valdivia. Si el ejército inca no los había podido conquistar completamente, a pesar de que desplazó decenas de miles de soldados, si la columna de Almagro había fracasado con más de quinientos hombres y cientos de auxiliares, ¿por qué rendirse o negociar con la hueste valdiviana? Esta no sólo era menor en número, sino también daba la impresión de una banda de aventureros, muertos de hambre y vestidos con harapos. Las alianzas, de tomar lugar, se podían realizar con enemigos iguales o superiores, capaces de dar prestigio y legitimidad, bienes que los nuevos conquistadores-colonos no podían

entregar. Lo que no comprendieron los lonkos y sus seguidores, fue que lo que faltaba en riquezas, número o pompa a los castellanos, les sobraba en valor, audacia, astucia y por sobre todo, en amor propio y porfía. Como señalara el propio Valdivia en 1544: "He tenido harto que hacer en que me sustentar y guardar las comarcas de la dicha ciudad, porque siempre los indios pensaron había de desampararla y volver; y aunque yo decía a los que prendía en la guerra que habían de venir muchos cristianos, se burlaban dello y no lo creían, y por esto perseveraron en su rebelión...(ahora) les ha sido forzoso venir á dar la obediencia a S.M., pidiéndome la paz..." (Valdivia, 1544: 72). Valdivia fue un soldado como los demás. Pero también era un creador de naciones.

Londres, 14 de febrero de 1985

BIBLIOGRAFIA

AMPUERO, Gonzalo y Jorge, HIDALGO 1975 — *Estructura y proceso en la prehistoria y protohistoria del Norte Chico de Chile* en Chungará. Nº 5. Arica.

AMUNATEGUI, Miguel L. 1862 — *Descubrimiento y conquista de Chile*. Santiago.

AGUIRRE, Francisco de 1562 — "Información de los servicios hechos en las provincias del Perú y Chile, por Francisco de Aguirre, 26 de septiembre de 1562" en *Colección de Documentos Inéditos para la Historia de Chile desde el viaje de Magallanes hasta la batalla de Maipo*, colectados y publicados por José Toribio Medina, 1ª Serie, Vol. I (30 Vols., Santiago, 1902). Citados en adelante como *CDIHCh*.

ARNAUD, Vicente G. 1950 — Los intérpretes en el descubrimiento, conquista y colonización del Río de la Plata, Buenos Aires.

AZOCA, Santiago de 1562 — *Probanza de los méritos y servicios de Santiago de Azoca, 17 de octubre de 1562*, en CDIHCh, Vol. 12.

BARROS Arana, Diego 1884 — *Historia Jeneral de Chile*. Vol. I. Santiago.

COBO, Bernabé 1966 (1563) — *History of the Inca Empire*. University of Texas Press.

CUNNINGHAM-GRAHAM, R.B. 1926 — *Pedro de Valdivia, Conqueror of Chile*. London.

DE RAMON, Armando 1953 — *Descubrimiento de Chile y compañeros de Almagro*. Santiago.

ENCINAS, Diego de 1558 — *Probanza de méritos y servicios de Diego de Encinas, conquistador y pacificador en el Perú y descubridor de Chile, 24 de noviembre de 1558* en CDIHCh, Vol. 7.

ERRAZURIZ, Crescente 1911-1912 — *Historia de Chile*. Pedro de Valdivia, Santiago.

EYZAGUIRRE, Jaime 1942 — *Ventura de Pedro de Valdivia*. Santiago.

GARCIA DE CACERES, Diego 1563 — *Probanza del capitán Diego García de Cáceres, vecino de la ciudad de Cuzco, en la que pide que sobre los indios que tiene se le encomienden otros con que se pueda sustentar, 22 de octubre de 1563* en CDIHCh, Vol. 18.

GOMEZ DE ALMAGRO, Juan 1556-1561 — *Probanza de Juan Gómez de Almagro y Antonio Taravajano en el pleito seguido entre ambos sobre la encomienda de indios de Topocalma, 1556-1561* en CDIHCh, Vol. 11.

GONGORA Y MARMOLEJO, Alonso de 1960 (1575) — "Historia de Chile desde su descubrimiento hasta el año de 1575" en *Biblioteca de Autores Españoles*, Vol. 131. Esta colección será citada en adelante como *BAE*.

GARCILASO DE LA VEGA
1966 (1609) El Inca Royal Comentaries of the Incas and General History of Peru. University of Texas Press.

HIDALGO, Jorge
1972 *Culturas Protohistóricas del Norte de Chile*. El testimonio de los cronistas. Santiago.

1973 Algunas notas sobre los mapuches protohistóricos. Temuco.

1985 *The Indians of southern South America in the middle of the sixteenth century*. En Leslie Bethell, editor: *The cambridge History of Latin America*, Volumen I, Cambridge.

HUNEUSS, Andrés
1965 *La polémica de Indias en Chile*. Santiago.

HERRERA, Antonio de
1955
(1615) *Historia General de los hechos de los Castellanos en las Islas y Tierra Firme del Mar Océano*. Madrid.

JARA, Alvaro
1959 *Guerre et Sociéte au Chile*. Paris.

LATCHAM, Ricardo
1936 *Prehistoria chilena*. Santiago.

LEON, Leonardo
1983 *Expansión Inca y resistencia indígena* en Chungará. N° 10. Arica.

1984 *La resistencia anti-española y el rol de las fortalezas indígenas en Chile central, 1536-1545*. (Manuscrito).

MOLINA, Cristóbal de
1968
(1552) (El Almagrista) *Relación de muchas cosas acaecidas en Perú en BAE, Vol. 109*.

MURUA, Martín de
1946
(1613) *Historia del origen y genealogía de los reyes incas del Perú*. Madrid.

MARIÑO de LOBERA, Pedro de
1960
(1595) *Crónica del Reyno de Chile*. en BAE, Vol. 131.

MEZA VILLALOBOS, Néstor
1971 *Estudios sobre la conquista*. Santiago.

1959 *La política indígena en los orígenes de la sociedad chilena*. Santiago.

MOSTNY, Greta
1954 *Culturas precolombinas de Chile*. Santiago.

OVALLE, Alonso de
1969
(1644) *Histórica relación del Reyno de Chile*. Santiago.

QUIROGA, Gerónimo de
1979
(1690) *Memoria de los sucesos de la guerra de Chile*. Santiago.

QUIROGA, Rodrigo de
1560 *Información de servicios hechos a Su Majestad en las provincias del Perú y Chile, por Rodrigo de Quiroga, gobernador de las provincias de Chile, 31 de octubre de 1560* en CDIHCh, Vol. 16.

SILVA, Osvaldo
1983 *¿Detuvo la batalla del Maule la expansión inca hacia el sur de Chile?* en Cuadernos de Historia, N° 3. Santiago.

1978 "Consideración acerca del período inca en la cuenca de Santiago, Chile central" en *Boletín del Museo Arqueológico de La Serena*, N° 16.

SILVA, Osvaldo et al.
1974 *Historia de Chile*. Vol. I (Prehistoria). Santiago.

TARAVAJANO, Antonio de
1565 *Probanza de Méritos y Servicios de Antonio de Taravajano, 16 de febrero de 1565* en CDIHCh, Vol. II.

VALDIVIA, Pedro de
1545-1554 *Cartas*. en BAE, Vol. 131.

1544 *Poder que dio Pedro de Valdivia, gobernador de la Nueva Extremadura a Juan Bautista Pastene, 3 de septiembre de 1544* en CDIHCh, Vol. 8.

1548	*Testimonio original de Información para el cargo y descargo de Pedro de Valdivia, 19 de septiembre de 1548* en CDIHCh, Vol. 8.
1550	*Pedro de Valdivia a sus Apoderados en la corte, 15 de octubre de 1550* en BAE, Vol. 131.
VAZQUEZ DE ESPINOZA, 1930 (1630)	*Compendio y Descripción de las Indias Occidentales*. Washington.
VERNON, Ida S.W. 1946	*Pedro de Valdivia, Conquistador of Chile*. Austin.
VILLAGRAN, Pedro de 1562	*Información de servicios de Pedro de Villagrán, 11 de septiembre de 1562* en CDIHCh, Vol. 13.
VILLALOBOS, Sergio 1981	*Historia del pueblo chileno*. Santiago. Vol. I.
1977	*Una reflexión de la conquista*. Santiago.
1962	*Almagro y los Incas* en Revista Chilena de Historia y Geografía, N° 130.
VILLALOBOS, Sergio y MELLAFE, Rolando 1954	*Diego de Almagro*. Santiago.
VIVAR, Gerónimo de 1979 (1558)	*Crónica y relación copiosa y verdadera de los reinos de Chile*. Berlín. Edición de Leopoldo Sáez-Godoy.
ZAPATER, Horacio 1981	*Los incas y la conquista de Chile* en Historia, N° 16.
1973	*Los aborígenes chilenos a través de cronistas y viajeros*. Santiago.